

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



D. VICENTE CUYÁS. (1)



TRISTE, muy triste es recordar al que fué, cuando, como Cuyás, el que fué ha hecho palpar de entusiasmo los corazones de todos los artistas dejando un indeleble recuerdo en la memoria de los hombres. ¿Por qué el laurel que ciñe la

frente del génio se ha de trocar tan pronto en el lágrime ciprés que adorne su tumba?

(1) Copiado ya el retrato de Cuyás, y reunidos algunos datos para escribir un artículo biográfico acerca de este distinguido artista contemporáneo, recibimos un periódico de Barcelona en que leemos el presente artículo. En vista de él, persuadidos de

En efecto, pocos hombres hay que en el corto espacio de 23 años, hayan gozado de una carrera tan brillante, bajando al sepulcro circundadas sus sienes por el laurel de la gloria, llorada su muerte por todos los amantes del arte.

Cuyás era uno de aquellos seres privilegiados, de imaginacion creadora y ardiente, que no siguen la trillada senda que han trazado las huellas del arte, porque allá, en su mundo fantástico, en ese mundo en que la lira del artista evoca todo lo que no tiene forma ni color, para darle color y forma; allá, en ese mundo, repetimos, Cuyás descubrió una nueva luz, un nuevo campo, una nueva roca que, como Moises con su bá-

«uo su autor se encuentra en mejor posicion que nosotros, por ballarse en el sitio en que Cuyás se distinguió, para desempeñar cumplidamente este trabajo, hemos preferido trasladarle á nuestras columnas, reanunciando al propósito de emprenderle que antes habiamos formado.

(N. de la R.)

culo podía él golpear con su lira para que de allí brotasen cadenciosos raudales de armonía.

Nació nuestro excelente artista en Palma de Mallorca en el año de 1816, á cuya isla se refugiaron sus padres huyendo las desoladoras escenas de las cuales era teatro la España, escenas producidas por un levantamiento nacional tan glorioso para las armas españolas como poco honroso para aquellas hueses aguetridas bronceadas por el sol de Austerlitz, diezmadas por el cañon de Marengo, y guiadas siempre á la victoria por el hombre de Santa Elena.

Dedicóse con pasión al dibujo, arte para el que tenía favorables disposiciones, y en el que tal vez se hubiera distinguido, si el génio que empezaba á bullir en su mente no le hubiese arrastrado á otra senda que por ser mas difícil, mas gloria habia de experimentar en recorrerla. Desde sus años mas infantiles habia mostrado una decidida afición á la música, afición que gradualmente iba aumentando y que obligóle por fin á dedicarse á su estudio, aprovechándose tanto, que ya á los dos años tocaba regularmente el piano y era profundo conocedor en tan difícil ciencia.

Entregóse entonces con ardor al estudio de la composición que á los 20 años emprendió bajo la dirección de D. Ramon Vilanova, acreditado catalan que mas de una vez hemos admirado en sus místicas y brillantes composiciones, sencillas, puras y castas como el Dios á que estan dedicadas, conjunto de armónicos sonidos que al retumbar en las sonoras bóvedas de la iglesia catedral, mas de una vez nos han hecho inclinar con respeto nuestra humilde cabeza, al propio tiempo que envuelta entre nubes de incienso subia la ofrenda del artista hasta el trono del Señor.

Ayudado, pues, por sus nada escasas disposiciones y teniendo en cuenta los preceptos de su experimentado maestro, Cuyás hizo rápidos progresos en la composición, y en varias piezas sueltas vertió las ideas que pululaban en su mente; la inspiración que fermentaba en su alma, dió á conocer el génio que en él germinaba, y se hizo un buen lugar entre el número de estimables artistas que tiene á honra poseer la corte de los Berenguer.

En su vida hubiérase sin embargo deslizado triste y oscura como la de una capaz medianía, si ante sus ojos no hubiera aparecido rodeado de todos sus seductores prismas la nada efímera gloria que proporciona el teatro. Vióle á la mano uno de los mas fantásticos librettos de Romani sacado de una de las mas medianas novelas de Arlincourt, y en aquel conjunto de romancescas imágenes, en aquel delirante canto de una rica imaginación, vió Cuyás la roca que debia golpear, el campo en el cual debia internarse con los ojos del alma, el mundo que debia poblar con todos los fantásticos seres inspirados por la calentura de su artística imaginación. Creó la *Fatuchiera*.

Forzoso nos es decir que antes de esta ópera, habia escrito otra que no llegó á concluir por haber sido escrita para voces de mas fuerza y estension que las de los cantóres que en aquel entonces pisaban la escena del teatro de Barcelona.

La *Fatuchiera*, pues, fué recibida con entusiasmo que rayaba en embriaguez, una embriaguez que rayaba en delirio, un delirio que era ya locura; entusiasmo, embriaguez, delirio y locura que renunciamos á pintar, porque en nuestro rico idioma faltan frases para describirlo.

Nosotros éramos jóvenes muy jóvenes en aquella época, y contamos ahora entre los mas dulces y bellos de nuestros recuerdos, aquella noche de frenética orgia, para todo un público en que mil voces daban un solo grito, mil manos se unian como una sola para despedir un prolongado aplauso, en que una salva de entusiastas vivas coronó al modesto artista cuando pisó la escena, bamboleante y sostenido por los apreciables cantóres en cuyas frentes brillaba el fuego del entusiasmo; en que varias coronas cayeron á sus pies, débil ofrenda tributada por hombres justos al hombre de mérito.

Poco disfrutó Cuyás de su triunfo; al poco tiempo en delicada constitución, minada por el trabajo, fué presa de una tisis pulmonar, esa terrible enfermedad que estendiéndole sus garras de hierro, pareciendo como celosa furia complacerse en arrebatarse las cabezas mas jóvenes y privilegiadas. A esa enfermedad debemos tambien la temprana muerte del autor del *Espejo de las venganzas*.

¡Cuyás murió! flor pasajera que un momento embalsama el aire con sus perfumes, astro brillante cuyo plateado disco oculta pronto un velo de nubes, fosfórica luz que sale á divagar por la superficie de la tierra, y que desaparece impelida por una invisible mano, rayo que centellea brillante, que deslumbra con su resplandor, y que apaga un soplo de Dios... ¡Cuyás murió!

Una estraña circunstancia acompañó su muerte acaecida en 7 de marzo de 1839. La noche de su fallecimiento cantábase por última vez en el teatro la *Fatuchiera*, y el autor exhaló el último suspiro en el mismo instante en que corriéndose la cortina sobre el palco escénico, manifestó á los espectadores que habia concluido aquella hermosa composición.

Brillantes poesias debidas á bien reputadas plumas, consagráronse á la muerte de Cuyás, muerte sentida por todos como lo probó la multitud que mas tarde se agolpó á las puertas del teatro principal y del teatro del Liceo, en los dias en que ambas empresas cedieron sus salones para beneficio de la familia del malogrado artista catalan.

V. BALAGUER.

LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA.

NOVELA HISTÓRICA.

La compra de un alma.

II.

En el siglo XVI muchas preocupaciones sobre la manera de tratar los ahogados, preocupaciones que en su

mayor parte nos ha trasmitido la tradicion popular, eran consideradas como artículos de fé en medicina. El primer paso que con ellos daban, era colgarlos por los pies, á fin de hacerlos volver el agua que habian tragado; lo cual bastaria para que muriera en pocos minutos cualquier hombre robusto. Pero, á Dios gracias, no trató así á Joos el facultativo.

Le sangró, mandó darle unturas en el pecho y fricciones en todos los miembros; y cuando consiguió volver un poco de calor á aquel cadáver, le envolvió con una manta y dejó que un sudor copioso produjera el efecto de reanimar su existencia. Así que el jóven empezó á suspirar, á mover los brazos y abrir los ojos, el viejo hizo seña á los que allí estaban para que se retirasen; junto al enfermo no quedaron mas que el sacerdote, el doctor, y el que mandó llamarlos.

Joos se incorporó en la cama y dirigió algunas miradas en torno de sí, recorriendo el sitio desconocido en que se hallaba. Cuando reparó á su derecha en el venerable fraile, y á su izquierda en la estraña figura del viejo, se creyó entre San Pedro y el demonio que se disputaban su alma, y por un movimiento instintivo se arrojó en los brazos del religioso exclamando:

—¡Protegedme!

El viejo comprendió la idea del resucitado, y se sonrió de un modo tal, que contribuyó á aumentar el terror del pobre muchacho.

—De mí solo depende tu suerte, dijo con unavoz grave é imponente. Sin mi auxilio, hubieras muerto; por consiguiente tu vida me pertenece. Con una palabra sola, con un ademán puedo volverte al sepulcro de donde sales.

Fácil es comprender que estas palabras en nada podian contribuir á inspirar confianza á Joos, débil todavía de su desvanecimiento.

—Respóndeme sin rodeos á las preguntas que te voy á hacer, continuó el viejo, y te advierto no me engañes, porque yo no soy de aquellos á quienes se engaña impunemente. ¿Por qué motivo te hallabas herido en la cañera, en el rio, y flotando á merced de la corriente? Contesta pronto como si te confesases en tu lecho de muerte.

El jóven se reanimó un poco con estas palabras que le dieron á conocer no estaba muerto, y que no se las tenia que haber con el demonio, sino con vivos.

Contó sencillamente en pocas palabras y con toda exactitud sus amores con Estina, sus citas nocturnas y la fatal conclusion de la última.

—¿Por qué rehusa el carnicero darte la mano de su hija?

—Porque soy pobre y oscuro, al paso que él es rico y rey de su corporacion.

—Y ¿cómo es que has ocultado á tu madre tus amores?

—Porque sabia que estos amores iban á ser insensatos, irrealizables y desgraciados, y no queria hacer tambien desgraciada á mi madre.

—A tu pobre madre la tienes desconsolada por eso,

repuso el viejo con acrimonia. Héla separada de su hijo para siempre, sin consuelo y sin amparo en su vejez.

Es viuda de su hijo como lo era ya de su marido.

Joos ocultó con las manos sus ojos humedecidos de lágrimas.

Por lo que hace á Estina, no me parece mas lisonjera su suerte. Si han sabido vuestras citas nocturnas; si te han herido mortalmente bajo su ventana, no puede ser entonces sino por orden de su padre. De consiguiente, el padre que manda asesinar al amante de su hija, creo que no se muestre mas indulgente con la que le engañó á él mismo.

—Piedad ¡oh! ¡piedad! exclamó Joos desatinado. Daria mi vida por evitar las fatales consecuencias de mi loco amor; daria la salvacion de mi alma... ¡Dios me perdone esta blasfemia! interrumpió santiguándose.

—Esas son vanas palabras que desaparecen ante la realidad, exclamó el viejo con amarga sonrisa.

—No; os lo juro, repuso Joos, á quien temblaban todos los miembros de su cuerpo al ver aquella sonrisa infernal, y que habia vuelto á sus temores de conversar con Satanás.

—Escucha Joos Clacs, y medita la respuesta que me des, porque en este momento te hallas en la ocasion mas crítica de tu vida. Si te ofrecieran reparar las consecuencias de tus estravios, dar consuelo á tu madre, volver el honor y la tranquilidad á Estina, y lograr ademas un mes de felicidad al lado de tu madre y de tu muger, ¿seria bastante agradecido tu corazon para entregarte en cuerpo y alma á tu bienhechor, y obedecerle y servirle en cuanto necesitase de tu ayuda? ¿En cuerpo y alma oyes?

Joos sintió que un sudor frio corria por su cuerpo, y que volvia á desmayarse.

—¿Lo véis? no eres mas que un miserable egoísta indigno de que se te mire con interés. Rehusas reparar tus propios yerros, el mal hecho á dos pobres mugeres, sumidas en el infortunio por haberte querido demasiado.

—No lees en mi pensamiento, repuso Joos, despues de un momento de reflexion. No se pueden hacer con ligereza semejantes promesas. Escuchadme, pues; juro que he creido érais el diablo, y se santiguó reverentemente al decir estas palabras observando con gusto que ninguna turbacion manifestaba el viejo—juro entregarme á vos en cuerpo y alma, cuanto os plazca, ya que vais á sacar á mi madre y á Estina de la inquietud en que se hallan.—Las pondreis para siempre al abrigo de la desgracia, y me dejareis vivir un mes á su lado.

—Acepto, dijo el viejo. Y ahora, como nuestra conversacion ha podido fatigarte, toma esta bebida y duermeme confiado, que no tardarás en ver el efecto de mi promesas.

Joos tomó la copa que le presentaba y la bebió. Despues, á pesar de lo que ocupaba su imaginacion la singularidad de su aventura y la importancia del pacto que acababa de contraer, la fatiga y la virtud soporifera de la bebida, no tardaron en sumergirle en un dulce y profundo sueño.

Entre tanto la pobre madre de Jous, mientras que así se sacrificaba por ella su hijo, pasaba la noche en las mayores angustias. A cada momento se ponía á escuchar en la ventana para ver si oía los pasos de su hijo que le llevase algun consuelo. Por mucho tiempo no sintió sino el ruido de la tempestad y el estruendo del trueno. A este desórden de la naturaleza sucedió un silencio, aun mas terrible. Parecia un presagio de muerte, y sin las oraciones que reanimaban á la señora Gertrudis, hubiese sucumbido á sus emociones. Cada hora de la noche se le hacia un año, y amaneció sin que Jous pareciese. Por fin... oye pasos... se pone á escuchar, y no eran los de su hijo. Sin embargo, se pararon á la puerta, movieron el aldabon, y al punto mil funestos pensamientos se agitaron en la mente de la pobre muger.



Decir todo lo que experimentó en el tránsito desde su cuarto al umbral de la casa, no seria fácil. Un anciano de venerable semblante fué el que habia llamado á la puerta.

—Hijo mio!... ¿ha sucedido alguna desgracia á mi hijo? exclamó la pobre viuda.

—Soy portador de buenas nuevas, repuso el mensajero en un tono grave. Si quereis ver á vuestro hijo no toneis que hacer mas que acompañarme. Solo si, según las órdenes que he recibido, no puedo permitir que me acompañeis, sino despues de tapados los ojos con esta venda; pero no temais; os juro por los méritos de Cristo nuestro Salvador que no debeis tener miedo ni cuidado alguno.

Se trataba de volver á ver á su hijo, á su hijo cuya ausencia la habia sumergido en mortales angustias. La señora Gertrudis no titubeó. Por otra parte, el anciano á quien ella se entregaba le inspiraba cierta confianza con la dulzura de su aspecto y la honestidad de sus ma-

neras. Se dejó, pues, vendar los ojos, apoyó su brazo en el de su guía, y este, despues de algunos rodeos que dió de intento para que ella no pudiese sospechar á qué barrio de la ciudad la conducia, se paró delante de una puertecita.

En tanto que esto pasaba con la señora Gertrudis, el carnicero todavia dormia tranquilamente delante de la chimenea, donde echó el remo ensangrentado. De pronto oyó llamar bruscamente á su puerta; despertó con sobresalto, bajó y preguntó con aspereza qué se ofrecia á aquella hora.



—Abrid en nombre de S. M. el rey de los Países Bajos, le contestaron.

Y vió en efecto á través del ventanillo de la puerta, dos oficiales de policia acompañados de un respetable destacamento de soldados.

—¿Y qué me quiere S. M. católica? replicó.

—Abrid, abrid al punto, contestó el oficial de policia; porque si no, traigo orden de hacer derribar la puerta. Os advierto amigablemente que es inútil vuestra resistencia; la casa está por todas partes rodeada de soldados y de barcos que vigilan las ventanas que dan al rio.

El carnicero, cuya conciencia no estaba pura, se persuadió de que la policia habia descubierto algo del asesinato de aquella noche, y obedeció las instrucciones del magistrado, afectando una tranquilidad que se hallaba bien lejos de tener.

—¿Desde cuándo, dijo, son menester soldados para obligar al rey de los carniceros á que obedezca una orden de la autoridad?

—Desde que se encuentran cadáveres ensangrentados bajo las ventanas del rey de la corporacion de los carniceros, replicó en voz baja y seca el oficial de policia. Venid, señor mio á acompañarme adonde traigo orden de conducirlos. Vuestros dos hijos y vuestra hija deben seguirnos. Si no quereis escándalo en la casa encargadles sean dóciles.

De buena gana habria asesinado el carnicero al oficial de policia, y seguramente lo hubiese hecho á haberlo sido fácil llamar junto á sí á los miembros de su corporacion; empero la comision del magistrado, ejecutada

con gran sagacidad, no podía dar lugar á ello, ni aun siquiera á intentarlo, porque los soldados tenían montadas sus pistolas. Hizo de la necesidad virtud, llamó á sus dos hijos Laureys y Carel, y les dijo que se vistieran inmediatamente. En seguida fué á buscar á Estina, cubrió con una espesa mantilla la cara de la niña, y siguió al magistrado, resuelto á ver si encontraba en el camino algunos carniceros para manifestarles el peligro en que se hallaba y pedirles socorro.

Desgraciadamente le taparon los ojos, como se había hecho con la señora Gertrudis. Se le puso una mordaza por mas precaucion, y ni él ni los suyos sabian á dónde los llevaban. Cuando se les volvió el uso de la boca y de la vista, hallábanse delante de un viejo que se sonrió. Al verle el carnicero se puso de rodillas.

—No son esas falsas muestras de respeto las que yo quiero, dijo con enfado aquel. Habéis sido ya una vez indultado por cometer un asesinato, y ahora de nuevo vertéis sangre. Un cuarto de hora teneis y vuestros hijos tambien para encomendar vuestra alma á Dios. Tres lazos os aguardan en la plaza del Viernes. Que vengan los confesores.

El señor Beecmans movia sus grandes ojos abigarrados como un lobo junto á su presa; tenia todo el furor de él y una estúpida cobardía al mismo tiempo.

—¿Qué muerte he cometido yo? quiso preguntar, pero el temblor de la voz desmentía su aparente tranquilidad.

—La de Joos Claes.

—¡Joos, Joos ha muerto! exclamó Estina y cayó desmayada á los pies de su padre, sin que este se bajase á socorrerla.

—Es menester un juicio público y legal para condenarme, dijo el carnicero despues de un momento de reflexion; reclamo mis derechos de vecino de Gante.

—Habéis sido condenado á muerte en otro tiempo por la parte que tomasteis en los alborotos de los *Cressers*; vuestra condena se suspendió, y ningun acto ha sancionado vuestro indulto. Estareis colgado una hora como Cresser; con que encomendad vuestra alma á Dios.

—¿Y no podría rescatar mi vida á costa de una gran multa, preguntó Beecmans.

—Los bienes del condenado á muerte corresponden al estado.

—Pues entonces que me den un poco de cerveza y me traigan un sacerdote, añadió con aparente sangre fria, porque sus mejillas estaban lívidas.

—Podeis rescatar vuestra vida con una condicion.

—¿Cuál es? preguntó con aseo el señor Beecmans.

—La de escribir al pié de este papel, sin leer las condiciones que contiene: «aceptó las anteriores condiciones y me obligo á observarlas como buenas y válidas sin restriccion y sin oposicion alguna.»

—Yo no firmaré nada sin saber lo que es.

—Mucho dura esta conversacion. ¡Llamad al sacerdote y que se prepare el verdugo!... Llevad á ese cuarto inmediato á esta niña, que gracias á Dios ha recobrado el conocimiento.

El viejo salió, y el sacerdote se acercó al carnicero.

—Hijo mio, le dijo, arrepentios de vuestros pecados y no penseis mas que en la eternidad que teneis próxima. Habéis mojado en sangre vuestras manos, y Dios ha dicho desgraciadas sean las manos ensangrentadas!

—Quisiera hablar á mis hijos por última vez, dijo el señor Beecmans, cuyo terror cada vez se le manifestaba mas.

—Se ocupan de la salvacion de su alma, y os suplico, ¡hijo mio! les imiteis; no penseis ya en las cosas de la tierra, sino en la muerte y en la eternidad que teneis delante.

—¿No sabéis qué contiene el papel que querian hacerme firmar?

—Lo ignoro; pero ya es tarde para pensar en ello, puesto que no lo quisisteis hacer. ¡Hijo mio! ¡er nombre del cielo orad y arrepentios!

En aquel momento apareció el verdugo con un gran lío de cuerdas debajo del brazo.

—Señor Beecmans, le dijo, permitidme os pida perdón de la muerte que voy á daros; no puedo menos de llenar los deberes de mi ministerio.

—¡Jans, repuso el otro en voz baja, le doy mil monedas de oro si quieres avisar á los carniceros mi próxima muerte. Que al menos tenga el consuelo de despedirme de ellos.

—Si, para que vengan con cuchillos á la horca y te libren. Ese es un pensamiento poco cristiano, amigo mio, en un momento tan solemne! Si os diera semejante gusto no tardaria en ver á mi ayudante hacer conmigo el mismo oficio que vengo á hacer con vos.

—Me conformo en firmar lo que se me pide, padre mio. Os ruego, digais que estoy pronto á obedecer y á aceptar todas las condiciones, cualquiera que sean.

—Atcedo á vuestro deseo, sin esperanza de buen éxi-



to, dijo el fraile. ¡Saba Dios si podré conseguir aquello de que pende vuestra suerte!

—Daos prisa, dijo el verdugo, ya es la una de la

madrugada y todo debe estar concluido en un cuarto de hora para evitar la reunion de las gentes.

No es necesario pintar las angustias del carnicero durante la ausencia de su confesor. Por fin volvió este acompañado del viejo, cuya fisonomía revelaba mas que nunca la ironía y el sarcasmo.

—¡Ah! ¡Ah! señor mio, dijo sonriéndose:

¡Cómo os desfigura el semblante el temor de la horca, y os marchita el sonrosado color de vuestras abultadas mejillas! Vamos, escribid y firmad.... ¡Bien! Ahora quedais mi prisionero, hasta que tenga por conveniente mandaros á vuestra casa. Ved, que la menor tentativa de evasión ó comunicacion con los de afuera, sería la señal de rasgarse nuestro pacto.... y de que volviera ese hombre, añadió señalando al verdugo que se alejaba. Dormid pues, si os lo permite vuestra conciencia y vuestro temor. Van á conducirnos al cuarto que os está dispuesto.

Un soldado completamente armado, vino en efecto por el señor Beemans y le condujo á una pieza pequeña donde habia una cama. Las ventanas que caian á un corredor estaban cerradas por gruesos hierros. El carnicero que en vano trataba de dormirse, oia el ruido de las pisadas de los dos centinelas que paseaban delante de su puerta.

(Continuará.)

COSTUMBRES.

DOS ALMONDAS EN UNA.

Escenas contemporáneas.

ARTICULO I.

Hace algunos años que habitando en Toledo conocí á uno de los muchos estudiantes que por este tiempo cursaban en aquella universidad, y por una razón de esas que se comprenden, pero que no se explican, sin duda la *simpatía*, llegamos á profesarnos mutuamente la mas sincera y tierna amistad. Eramos compañeros inseparables, y lo mismo se nos encontraba en aquella inmensa y nunca bastante ponderada Catedral, admirando sus bellezas artisticas y oyendo con la mayor delicia los ecos de sus magníficos órganos que á veces mas bien parecen sonidos de una orquesta de ángeles, que productos de la combinacion de sus trompas, como se nos veia al lado del grandioso puente de San Martin, sentados junto á la fuente medicinal, llamada de la Paletaria, que á las orillas del Tajo nace entre cortaduras y breñas, y corre hasta el rio serpando y formando un sinnúmero de cascadas, cuyo débil murmullo se pierde entre el formidable ruido de las olas de este caudaloso rio. En ambos parages pasábamos placenteros ratos, ya admirando las maravillas ejecutadas por la mano del hombre, y ya tambien contemplando la grandeza del

Ser Supremo, que tanta belleza y poesia dá á aquella lindisima y encantadora fuente con su agua clara y mineral, como á las rápidas y descompuestas olas del Tajo, que en aquel sitio se agolpan en desórden, disputándose á la vez el paso del puente y ocasionando un ruido sordo y tenebroso, que en las prolongadas noches del invierno sirve de arrullo hasta á los mas separados habitantes de la ciudad. ¡Dichosos y pacíficos dias habíamos pasado ambos en la imperial Toledo, sin que nos quedaran despues de ellos otra cosa que los dulces recuerdos de nuestros mas felices momentos, que los comparábamos las mas veces á los monumentos derruidos que en esta ciudad se encuentran, testigos de su pasada grandeza, y tambien de la presente decadencia!... En cada uno de ellos leíamos una página admirable, bien emborrionada de sangre, cuyo lívido color nos horrorizaba, ó bien escrita con caracteres de gloria y grandeza que nos revelaban su antiguo poderío....

Filosóficos andábamos nosotros por demás, cuando nos entregábamos á estas reflexiones; empero al carácter de mi amigo, naturalmente reflexivo y meditabundo, le agradaban mucho estas deducciones, que solian ser objeto de sus composiciones; yo, por el contrario, aficionado á la vida mas propia de nuestra edad, jóven aun, sucedia con mucha frecuencia, que mientras él estaba envuelto en lúgubres meditaciones contemplando algun edificio gótico, cuyos magníficos relieves se encontraban mutilados, bien por la mano destructora del tiempo, ó mas por la de los hombres, que suele ser lo cierto, yo dilataba los párpados y estiraba el cuello todo lo que permitia la elasticidad de sus tendones, con el objeto de ver mejor alguna linda niña, que por entre los pequeños agujeros octógonos de una espesa celosía, dejaba á mirar un par de ojos negros rasgados y lindisimos, que me entusiasmaban mas que todos los relieves y glorias de la antigüedad....

A pesar de esta diferencia de gustos é inclinaciones, el filósofo y yo nos queríamos como dos amigos de la infancia, y él me hablaba de sus meditaciones y estudios filosóficos con un entusiasmo, y una fé extraordinarias, mientras yo le contaba mis sueños amarosos y mis aventuras con Fitis ó Belisa, que han sido siempre mis nombres favoritos, para mis dulcineas, pasando de esta manera nuestra vida muy feliz, y siguiendo cada uno su aprension dominante, sin tratar de atraernos el uno al otro, para hacerle partícipe de sus creencias, y por consiguiente de sus goces... Vivíamos completamente independientes en la manera de obrar, y disfrutábamos cada uno á su modo.

Despues de algun tiempo, negocios de familia obligaron á mi amigo á abandonar la imperial ciudad, y se marchó á su pueblo. Tambien yo me retiré al mio, y al cabo de algunos años me dirigí á esta Babilonia con el objeto de establecer en ella mis reales. Muchas veces me habia acordado de mi compañero filósofo, y hubiera hecho cualquier sacrificio por verle, abrazarle y recordar los goces de nuestros primeros años para saborearlos, y disfrutar con su memoria; pues tengo por muy cierto que nunca se experimentan sensaciones tan agradables:

como en esa edad en que no hay pasado ni porvenir, y si solo presente, que es cuando el alma se entrega de lleno al placer, y se dilata en él hasta lo infinito; empero ignoraba de todo punto su suerte. Algunas veces buscaba su nombre en las listas de diputados y empleados, por si acaso en alguna de esas *carambolas*, que han hecho subir á muchos de la nada, le habia tocado á él tambien sentar plaza de oficial de ministerio, Gefe político, Intendente, ó cualquiera otro *destinillo* de esos con que se pagan los servicios á los hombres que, con el mayor placer, se sacrifican por su país; pero siempre eran inútiles mis pesquisas, y ya me hubiera sorprendido que habiéndonos unido una simpatía tan extraordinaria, hubiese podido encombrarse tanto, temiendo además que si le hubiere protegido eso que llaman fortuna (tan injusta las mas veces) no se acordaria del compañero de sus primeros años y meditaciones, pues aunque esto parezca raro, no hay nada mas común en estos tiempos de tantas categorías improvisadas...

Siempre que habia oido hablar de eso que nombran presentimientos me habia reido altamente, porque tenia por un absurdo semejante creencia; empero ahora, sin creer en ellos, no puedo menos de darle cierto viso de verdad y verosimilitud, á que no extraño se sometan algunas imaginaciones débiles y propensas á juzgar por solo las apariencias: digo esto, porque una noche me acordé nuevamente de mi amigo, y empecé á discurrir un medio para poder averiguar su paradero y anudar nuevamente nuestra amistad... En medio de las innumerables dificultades que se me presentaban para realizar este proyecto, me acometió el sueño, y sucumbiendo ante esa necesidad en la vida, de que ni el rey ni el esclavo estan exentos, pasé la noche en una continuada pesadilla, tan pronto abrazado con mi amigo filósofo, como separado por una distancia, que ni la vista, ni el entendimiento eran capaces de medir... Aun me doraba esta pesadilla, cuando me sacó de ella la voz del criado que me despertaba para entregarme una carta, que en el mismo momento acababan de poner en sus manos, á fin de que llegase á las mias lo mas pronto posible. Apenas la tomé que antes que mis dedos rompieran la prosáica y modesta oblea, ya mi corazón habia latido de una manera especial, y que me indicaba algun gran secreto bajo la débil defensa de un sobre. Un ministro hubiera creído encontrar allí algun aviso importante para salvar su vida... Un criminal la orden de su prision... Un romántico la declaracion amorosa de alguna Lucrecia... Yo, cuatro renglones de un amigo desgraciado que me necesitaba... Abrí por último la misteriosa epístola, y solo hallé la siguiente carta, aunque sin firma, sin duda para sorprenderme despues.

Amigo mio:

«Una rara casualidad me ha hecho saber tu paradero en esta corte, despues de mucho tiempo que ambos habíamos en ella. Tengo necesidad de ti en la situacion en que me encuentro, y no creo dejarás de venir á abrazar

á uno de las mas antiguos amigos á la calle de... número 15, piso cuarto (es decir boardilla)....»

Esto era el contenido de la carta; no estaba firmada, y su letra parecia de una muger, ó mas bien de un hombre que habia querido disfracarla; mas tan bien sostenido estaba este disfraz, que mejor la tuve por desfigurada á causa de una estremada debilidad en el pulso... Volví á leerla, y nada podia adivinar de una cita, que contenia oculto hasta el mas pequeño y remoto indicio de su objeto... De muger no podia ser, pues niágun antecedente tenia para esperar tanta ventura, mucho menos cuando yo no soy de esos por quienes andan perdidas de amor las bellezas mas raras, y lloran continuamente sus desdenes... Despues de un insomnio de algunas horas, mi cabeza se encontraba débil, y en un atolondramiento tal, que no podia discurrir hasta conocer la causa que habria movido á escribir la carta en cuestion... ¡Algun desafío!... Esta idea se presentó á mi imaginacion con unas formas evagadas, y me sacó de aquella parálisis en que habia estado hasta este momento; pero volví á leer por la vigésima vez la epístola malhadada, y por mas que leia y releia, tanto podia creer de ella que fuese cita amorosa como desafío... El criado permanecia absorto al lado de mi cama, y desde que me entregó el maldito papel, que en tal confusion me habia puesto, no dejaba de observar mi turbacion, sin saber que sentido dar á sus observaciones... Dime, le pregunté con tono convulsivo que revelaba mi agitacion, ¿quién te ha entregado esta carta?...

—Una señora de alguna edad, alta, delgada, vestida pobremente y de cara macilenta, que vista al través de un tupido velo (mas por los zurcidos que por su tejido primitivo) indicaba miseria.

—Alguna desdichada viuda cuyo marido anduvo en cache para que ella pida limosna... ¿V no dijo de parte de quien venia?...

No señor, repuso mi criado; me preguntó si habiaha V. aquí, y estaba en casa... La contesté que sí, y entonces me entregó esa carta y se marchó...

—¿Pero nada le encargó de palabra por si yo no queria ir á su casa, ó tal vez no me lo permitian mis negocios?...

—Nada señor... me respondió mi criado con su acostumbrada impassibilidad asturiana... Solo cuando bajaba el primer tramo de la escalera dijo con voz bastante apagada... Quizás le socorra... ¡Eran tan amigos!... y desapareció en el siguiente entre la oscuridad.

—Bien... déjame solo... Vestime lo mas de prisa que pude, y aun cuando no dejaba de discurrir sobre el contenido de este escrito, no era fácil llegar á comprender su objeto, sin embargo; las palabras que la portadora de él dijo cuando bajaba la escalera, revelaban que habia una persona que padecia, que esperaba algo de mi entrevista, y aun que éramos muy amigos; pero ¿qué podia yo hacer por ella?... Pobre, desgraciado tambien, y sin conocer á ninguno de esos pro-hombres que tienen en su mano hacer la felicidad de los demas, ¿qué servicios podria yo prestarle?... Empero quizás necesitase de mi asis-

tencia por hallarse enfermo; y esto, ni me costaba el dinero, ni tendría que ir á suplicar á nadie: así pues, sin vacilar ya ni un momento me dirigi á la calle de.... número 15, piso cuarto....

N. R. DE LOSADA.

(Continuará.)

VARIEDADES.

EL HOMBRE DE CORTE.

ADVERTENCIA.

El deseo de pagar justo tributo á la memoria del padre de mi compañera, D. Eusebio María de los Heros que la parca cortó el hilo de sus preciosos días á los 52 años de su edad, que es aquella en que el hombre pule las obras del entendimiento y la filosofía, hijas primogénitas de la experiencia, es el que me impulsa á dar á la prensa las máximas del hombre de Corte, que en aquella sazón redactaba y yo hoy conservo inédita con otras producciones suyas, que como esta algun día pondré á la vista del público. Esta que por su naturaleza se presta á tener cabida en un periódico, podrá servir de clara muestra del buen talento que le adornara.

Mi pluma, respetando sus escritos como es debido al precepto del que ya no existe, no se ha atrevido mas que á sembrar de algunas notas en su escrito, que si bien tan bellos fragmentos son la opinion del hombre que fué, mis anotaciones son el modo de comprender las del hombre que es. No obstante, mas escasa mi experiencia, no demuestra sino el que aprovecharon en algo sus opiniones para mí, pues que he buscado en los anales de los hombres ilustres del mundo, el modo como aclarar sus palabras y testual juicio.

Creo que las máximas de D. Eusebio de los Heros serán vistas con gusto, así como escuchadas con indulgencia mis anotaciones.

Máxima 1.ª

La perspicacia del hombre se halla actualmente en el mas alto grado.

Se necesitan en el dia mas requisitos para formar un hombre sábio que los que antiguamente se necesitaban para formar siete (1), y es menester en los tiempos presentes mas habilidad para tratar con un solo sujeto que la que se necesitaba en otros tiempos para tratar con todo un pueblo.

Máxima 2.ª

El talento y el carácter.

Estos son los dos puntos (2) en que consiste la reputacion del hombre. Tener el un sentido sin el otro, es ser dichoso á medias. No es suficiente el tener un buen entendimiento, es preciso tener tambien carácter y gé-

(1) Es muy cierta de que en otros tiempos no habia sino siete sábios, y en el dia todo el mundo cree serlo.

(2) Que el génio y el talento son las dos causas principales de la elevacion y de la gloria de un hombre grande, es muy exacto.

nio (1). Las gentes de poca perspicacia tienen por lo comun la desgracia de equivocarse en la eleccion de su profesion, de sus amigos, y aun del paraje donde deben establecerse.

Máxima 3.ª

No prestarse ni declararse.

La admiracion que se tiene por la novedad, es la que hace apreciar los acontecimientos. No hay utilidad ni gusto en jugar á juegos descubiertos. No declararse desde luego, es el medio de tener los espíritus en espectacion, y principalmente en cosas importantes sobre las cuales está fija la atencion universal. Esto hace creer que hay misterio en todo, y el secreto escita la veneracion. En el modo de esplicarse, se debe evitar el hablar claramente; y en la conversacion es preciso no hablar jamás como lo siente el corazon. El silencio es el santuario de la prudencia (2); una resolucion declarada nunca fué apreciada. El que se declara se espone á la censura, y mucho mas si por acaso no resulta lo que ha manifestado. Es preciso imitar al proceder de Dios que tiene siempre á todos los hombres en espectacion (3).

Máxima 4.ª

El saber y el valor forman reciprocamente los grandes hombres.

Estas dos cualidades hacen los hombres inmortales, porque ellas mismas lo son. El hombre es grande segun su saber (4), y cuando sabe todo lo que puede. El hombre que nada sabe es el mundo en linieblas (5). La prudencia y la fuerza son sus ojos y sus manos. La ciencia es estéril si el valor no la acompaña.

(1) Un solo sentido que le falte, privaria de gozar al hombre de corte una gran parte de su vida, y dejaria que su espíritu apareciese abatido. ¿Qué sucedería, pues, á aquellos á quienes les falta un grado en la concepcion, ó la facilidad necesaria para el raciocinio?

(2) El mas sencillo de los animales podrá engañar al mas águaz con tal que se calle y se contente con conservarse cubierto con la piel de su apariencia. Porque siempre se han exceptuado los taciturnos del número de los tontos. El silencio no solo disimula lo que es defectuoso, sino que tambien lo hace parecer misterioso.

(3) Gracian aplicó esta máxima á los Reyes y Príncipes y dice, que para hacerse estimar de sus vasallos y sostener su carácter deben ser siempre enteramente duños de su lengua. Y por esta razon hizo Augusto grabar en su sello un Estinge que los egipcios la renoucian por el Dios del secreto, y de los enigmas; y despues dice el mismo Gracian: «como el príncipe es la mas viva imagen de Dios sobre la tierra, debe ser tambien semejante á Dios que gobierna el mundo por conductos desconocidos de los hombres, haciendo sentir diariamente los efectos de su bondad y de su justicia, sin descubrirnos jamás los designios de su sabiduría»

(4) El menor día de la vida de un sábio, dice Séneca, mas vale que toda la vida de un ignorante por larga que sea; y Gracian dice, que nadie viva como hombre sino aquel que sabe. Uno de los sábios de Grecia decia á monudo, que la salud era la felicidad del cuerpo, y el saber la del espíritu del cuerpo.

(5) *Optimæ vite literis mors est, et vixi hominis sepultura.* Ep. 83. es decir, el día de un ignorante es una muerte, y la sepultura de un hombre que vive: Aristóteles dijo, que el saber disferia tanto de la ignorancia, como la vida de la muerte.

IVO DE LA CORTINA.